

DULCES SUEÑOS

Luis Rodríguez / Facultad de Ciencias

Despertó de la pesadilla sudando copiosamente y con el corazón batiéndole en el pecho como si quisiera salirse de él. En la oscuridad del cuarto escuchó la voz de su mujer, proveniente de la otra cama:

— No debiste haber cenado tantos pepinillos, siempre te pasa lo mismo.

Se dio una ducha fría y se rasuró cuidando de no cortarse porque aún temblaba de la excitación.

— ¿Qué fue esta vez? —preguntó su mujer mientras él se sentaba a desayunar.

— Era un explorador espacial y me batía a muerte con tres monstruos a la vez —respondió y un olor a huevo frito invadió el departamento.

— Hace tres noches fuiste el Pirata Negro y la semana pasada la pistola más rápida del Oeste. No descansas adecuadamente y después tienes un mal día en la oficina. . . , con lo mucho que necesitamos que te aumenten. De ahora en adelante tendremos más cuidado con lo que cenas.

Antes de irse entreabrió calladamente la puerta de la recámara donde dormían sus dos pequeños hijos. Mientras los contemplaba tiernamente regresaron a su mente los monstruos del sueño y un escalofrío lo obligó a buscar apoyo en la pared. Tan vívida había sido su experiencia.

Ayudado por varias tazas de café fue una vez más el empleado modelo de la oficina, y complacido por su eficiencia el jefe le dedicó una sonrisa. En unos días más le volvería a hablar de su futuro aumento y en un tiempo razonable (estas cosas tardan) seguramente se lo concederían.

Casi al acabar la jornada se acercó al botellón de agua y al estarse sirviendo el segundo vasito una enorme burbuja recorrió el envase ascendentemente provocando un fugaz oleaje en la superficie del líquido. Por un instante sintió que algo oscuro le cubría un ojo y que una sensación de soltura lo invadía, pero sacudió la cabeza y todo volvió a la normalidad. Antes de salir telefoneó a su mujer y ella le dictó una lista de abarrotes que surtió en el supermercado de abajo. Al encaminarse hacia las cajas registradoras sintió que algo pesado le colgaba de la cadera derecha y que un tintineo se producía cada vez que daba un paso. Un empujón de otro cliente le hizo comprender apenado que el sonido provenía realmente de las cajas que marcaban precios en forma incesante. Cenó frugalmente con su mujer sentada al lado y vieron televisión solos, los niños dormían. Finalmente se cambiaron para la que sin duda sería una noche de descanso reparador.

Esperó hasta que estuvo totalmente seguro de que su mujer dormía y abandonando el lecho sigilosamente sacó de una de las bolsas de su saco el frasco de pepinillos. Los devoró casi sin mascarlos, de dos en dos. Se acostó sonriendo en la oscuridad, eructó, y cerró los ojos fuertemente.